Cristo, Nuestro Rey y Sumo Sacerdote Eterno

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con ustedes.

Vivimos en un mundo donde muchas voces compiten por nuestra atención y muchas realidades compiten por nuestra confianza. Con frecuencia apoyamos nuestra vida en nuestros planes, nuestro trabajo, nuestros recursos y nuestras propias fuerzas. Sin embargo, la vida nos recuerda constantemente la fragilidad de estas seguridades. En medio de la incertidumbre, surge una pregunta decisiva para todo creyente: **¿Quién reina verdaderamente en mi vida?**

La fe cristiana responde con claridad: **Jesucristo es nuestro Rey y Sumo Sacerdote eterno.**

Desde el principio, Dios preparó a su pueblo para comprender estos dos oficios sagrados. En el Antiguo Testamento, los reyes eran ungidos para gobernar y los sacerdotes para ofrecer sacrificios y presidir el culto. Eran funciones distintas y separadas.

En Jesucristo, ambas realidades se unen perfectamente. Él es el Rey que reina para siempre y el Sumo Sacerdote que ofrece el sacrificio perfecto por la salvación del mundo. Él es el Ungido de Dios, no con aceite, sino con el Espíritu Santo. Como proclama en la sinagoga de Nazaret: *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido."*

Sin embargo, su realeza no se parece a los reinos de este mundo. No reina con poder ni dominio, sino con amor. No conquista por la fuerza, sino por la entrega total de sí mismo. Su trono es la Cruz; su corona de espinas se transforma en gloria en la Resurrección. En Cristo, el poder se manifiesta como misericordia y la autoridad como servicio.

Al mismo tiempo, Cristo es el Sumo Sacerdote eterno. A diferencia de los sacerdotes de la Antigua Alianza, que ofrecían sacrificios repetidos, Cristo se ofreció una sola vez para siempre en la Cruz. Resucitado, vive para siempre e intercede por nosotros ante el Padre. Su sacerdocio no termina porque su vida no tiene fin.

Este misterio se hace presente en cada celebración de la Santa Eucaristía. En la Santa Misa, Cristo es a la vez Sacerdote y Víctima. Reúne a su Iglesia, proclama su

Palabra y ofrece su único sacrificio al Padre. La Eucaristía no es un recuerdo del pasado, sino la presencia viva del misterio pascual entre nosotros.

Por esta razón, la Misa debe ocupar el centro de la vida cristiana. En un mundo que frecuentemente margina a Dios, la Eucaristía es fuente de fuerza, sanación, perdón y comunión. Allí encontramos a Cristo que nos alimenta para el camino de la fe y nos renueva en su gracia.

Por el Bautismo y la Confirmación, somos incorporados a la misión de Cristo. Somos pueblo sacerdotal llamado a ofrecer la vida como sacrificio vivo. Participamos de su misión profética dando testimonio del Evangelio con palabras y obras. Y compartimos su realeza sirviendo con humildad, justicia y caridad.

Hoy muchos buscan sentido en la riqueza, el éxito, el poder o el reconocimiento. Sin embargo, nada de esto puede saciar el deseo más profundo del corazón humano. Solo Cristo da la paz que permanece y la vida que no termina.

Les invito, por tanto, a dedicar un tiempo ante el Santísimo Sacramento y preguntarle sinceramente al Señor: **"Jesucristo, ¿eres verdaderamente el Rey de mi corazón?"**

Permítanle hablar. Permítanle mostrar lo que necesita ser sanado, ordenado o entregado. Donde Cristo reina, nace la paz. Donde reina en las familias, comienza la renovación. Donde reina en la parroquia, crece la comunión. Donde reina en la sociedad, renace la esperanza.

Que la Santísima Virgen María, Reina del Cielo y Madre de la Iglesia, nos conduzca siempre a su Hijo. Y que Jesucristo, nuestro Rey y Sumo Sacerdote eterno, reine en nuestros corazones, fortalezca nuestra fe y nos introduzca cada vez más en el misterio de su presencia eucarística.

Sinceramente en Cristo,
Padre Vilaire Philius
Párroco